**La corona de la seguridad**

Por su servidor Russell George

Las recompensas de una vida virtuosa

Quiero llamar a su atención a algunas de las recompensas que hay para los que hacen un esfuerzo en vivir una vida virtuosa. La primera recompensa que vamos a tocar es la de la seguridad.

Hacemos mención de José una y otra vez y de las tentaciones y aflicciones con las cuales él tuvo que lidiar. El salió vencedor siempre, como oro refinado siete veces. Aparte de salir vencedor, él fue coronado con varias recompensas.

En un mundo como el nuestro, lleno de peligros, ¿cómo podemos decir que alguien puede estar seguro? No quiero decir que es posible estar fuera del alcance de todos los peligros que hay, pero sí, la virtud puede distanciarnos de muchos peligros temporales y espirituales.

Aún los hombres virtuosos a veces sufren por la maldad de los demás. José fue tirado en un pozo y dejado para morir. Más tarde le sacaron de allá y le vendieron como esclavo. La historia de algunos de los hombres más virtuosos que el mundo ha conocido se encuentra en los datos de los mártires. Pero la verdad que aprendemos de José es que el hombre virtuoso está seguro aun cuando está cara a cara con el peligro.

Al llegar a saber la verdad, nos damos cuenta que un buen porcentaje de lo que sufrimos de los demás es provocado por nuestra maldad o negligencia. Puede ser que hayamos recibido un daño más grave del que merecíamos, pero si no hubiera sido por lo que hicimos mal, no hubiéramos recibido ningún daño. Cuando sufrimos por la maldad de otros, debemos saber perdonar y devolver lo bueno por lo malo.

Hay una dignidad que rodea al hombre virtuoso que refrena a la gente de hacerle sufrir. La verdad es que hay algunos tan malignos que ni aún están restringidos por esto.

Otra cosa que el hombre virtuoso tiene a su favor es que hay muchos a su alrededor dispuestos a defenderle. Su buen carácter atrae a la gente buena a su lado. Aun algunos que apenas le conocen saldrán en su defensa si saben que sufre injustamente.

Pero supongamos que lo peor le sucede a un hombre bueno. ¿Qué del misionero que es capturado por caníbales y les ve afilando el cuchillo con el cual le van a quitar la vida? ¿Es posible que Dios le rescate? El, que no quiso dejar morir a José en el pozo o quedarse encarcelado por algo que no hizo; el, que no permitió a los leones tocar a Daniel ni dejó que el horno quemara a los tres hebreos que fueron echados adentro, puede encontrar la manera de librar a los suyos del peligro eminente.

Pero supongamos que Dios deja a los caníbales quitar la vida de su víctima. Aun así el espíritu inmortal de los redimidos está seguro. Su espíritu es liberado para volar a su hogar celestial. El Apóstol Pablo dijo "Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro." (Romanes 8:38-9)

Nos conviene entender que los peligros que amenazan nuestra comodidad terrenal no son los más graves. Hay también maldades espirituales que radican en nuestra alma. Si no están desarraigadas, nuestro bienestar espiritual estará en gran peligro.

Hay quienes son salvos, pero vacilan entre el camino del mundo y el camino de Dios. Ellos hacen caso al consejo satánico que dice, "No tienes que ser fanático." Algunos de sus amigos mundanos harán todo lo posible por corromperles y seducirles a tomar el mal camino. Los malos compañeros saben que es dudoso que tengan éxito en seducir al fiel creyente. Por eso, están más inclinados a tentar y animar a los débiles a seguir a ellos por el mal camino.

Los ataques no siempre vienen de malos compañeros. Siempre estamos rodeados de conocidos que no respetan las cosas de Dios y piensan que la vida cristiana es puritana (sumamente rigurosa). Ellos siempre están buscando una manera de probar que el fiel creyente es una farsa. Para ellos, una falla entre mil virtudes es prueba suficiente para justificar su andar por el mal camino.

El fiel creyente no puede evitar algunas tentaciones, porque de continuo nos rodean. Son tentaciones como el placer, el honor y los bienes materiales. José no pudo evitar las malas proposiciones de la esposa de Potifar, pero su virtud le fortaleció en contra de ellas. Siempre debemos implorar la ayuda de Dios en guardar nuestro corazón. (Prov. 4:23) El poder no está en nosotros, sino en el poder del Espíritu Santo. (Hechos l:8)

El impío nunca está seguro, aun cuando parece que todo anda bien. El creyente débil tiene un poco más de seguridad, pero igual está en gran peligro. El creyente entregado a la voluntad de Dios siempre está seguro aunque le suceda lo peor, porque tiene las promesas de Dios que nunca fallan.